

Estudio de la obra de Frederik Schollen

por Sebastián Rajo

Sobre la mesa de luz brillaba, delicadamente, el fino reborde dorado de un marcapáginas de un extraño material metálico. El hombre que se encontraba sentado a su lado lo tomó, y lo hizo pasar solemnemente entre sus delicados dedos. La belleza de aquel movimiento le emocionó. Recordó rápidamente el momento en que le habían otorgado aquella distinción: el Premio Sigmund Freud. Recordó también aquel viejo libro, destinado a sí mismo, sin más ambiciones que la de simplemente existir, o de ser releído infinidad de veces por su autor, y que, a pesar de todo, y casi sin darse cuenta, le había cambiado la forma de pensar a varios miles de personas.

Cambió el objeto de mano, y realizó el mismo he instintivo movimiento. Solía realizar ese ritual antes de comenzar a escribir. Solía decir que eso le “inspiraba”, sabiendo, evidentemente, que aquellas declaraciones no tenían ningún otro fin, más que el de saciar las inagotables demandas emitidas por sus eternos seguidores de pequeños detalles sobre su vida privada. Desde la publicación de aquella novela, su vida fue, inevitablemente, diferente.

Con sigilo se puso de pie y se dirigió hacia un inmenso ventanal, delante de él, y pudo observar el parque, del otro lado de los cristales. Suspiró, y con su suspiro intentó borrar algunas imágenes de su mente; la nostalgia, ese sentimiento agridulce, que nos hace sonreír y llorar al mismo tiempo, se apoderó de él, y lo llevó a pensar en los años perdidos (?), cuando aún era joven y desconocido. Trató de recordar las ideas que poseía antes de la publicación de sus libros, pero las gastadas neuronas lo traicionaron.

Giró sobre sus talones y caminó por la suave alfombra roja hacia la biblioteca. Allí estiró el brazo y tomó uno de los ejemplares de lomo negro y bordes plateados. Sobre su tapa las letras brillaban bajo la tenue luz de luna que absorbía la habitación. Decía: Estudio de la obra de Frederik Schollen, y comenzó a leerlo, automáticamente:

—¿Crees que sea posible? —le preguntó Frederik a la esbelta rubia que se encontraba sentada del otro lado de la mesa—. Sinceramente, no creo que sea capaz... —dijo, con un leve movimiento de cabeza hacia ambos lados.

—¿Acaso me tomás por estúpida?, vamos, no te hagas el tonto; sabés muy bien que podés hacerlo sobradamente. Tus capacidades no son relevantes. Ya has demostrado que tu habilidad para la escritura es excelente. Pienso con la más profunda de las convicciones que no vas a tener mayores problemas con ese libro.

—Está bien, voy a intentarlo, pero no te prometo nada —finalizó, y su mirada se posó nuevamente sobre la tapa del libro que yacía sobre la mesa y que nada tenía que ver con la conversación entre él y la rubia; titulábase: *“El hundimiento de la casa Usher”*.

Era más que evidente que el deseo de intentarlo existía desde hacía mucho tiempo en su mente. Ninguna persona que dudara de cualquier cosa podría ser convencida de la forma en que él lo fue... aunque ella, la rubia, tenía una fundada fama de convencer a las personas... de la forma en que fuese necesario.

Entonces así fue como Frederik Schollen, futuro novelista y filósofo argentino, considerado hoy en día como uno de los más grandes del siglo, comenzó a escribir, o mejor dicho, a “intentar” escribir, una novela que trataría sobre la vida después de la vida. Se tituló: *“Crónicas de una vida después de otra”*. Subtitulada: *“Historia de un erudito”*.

El libro comienza explicando, muy brevemente, que, y cito: [...] “el término *vida después de la muerte*, es, a mi entender, incorrecto, ya que si efectivamente existe una vida luego de otra, no existe, pues, la muerte tal y como la concebimos, sino que debe haber otra forma de existencia, o de inexistencia. La acción de morir, por lo tanto, no cabría. Sólo nos queda la idea de un viaje, del cual desconocemos sus escalas”. La

muerte, como concepto, luego de sus *Crónicas*, moriría. Solamente nos quedó un vacío existencial, más profundo, quizás, que el que ya existía. Ésta *novela*, o lo que también es considerado por algunos como *ensayo*, nos terminó de demostrar que en materia filosófica, cuanto más nos sumergimos en sus estudios, más desconocemos sobre ella; se podría resumir en: *El desconocimiento filosófico es directamente proporcional a su estudio*, o en: *El conocimiento en materias filosóficas es inversamente proporcional al interés que los pensadores depositan en ellas*. Todo se convierte en un círculo vicioso, y eso es lo que hace más interesante el tema: cuanto más queremos saber sobre algo, más lejos nos hayamos de comprenderlo. Es como si nadáramos contra la corriente, precisamente hacia el lado opuesto de donde queremos finalmente llegar. Frederik Schollen no solamente nos brindó su pensamiento, sino que nos brindó además las bases para extender, y profundizar, el interés de nuestra sociedad en temas que antaño se consideraban extremadamente irrelevante e insípidos. Increíblemente, su obra, causó un impacto tan profundo en nuestra civilización, que ni siquiera los más expertos sociólogos han sabido comprender. Su novela, “*Viaje al centro de la mente*”, continuación de sus memorables crónicas, es una estupenda recopilación de reflexiones punzantes acerca de quienes somos nosotros realmente, y de cual es nuestro real objetivo, más allá de todo basto concepto religioso o cultista. Su inagotable contribución al mundo, y principalmente al pueblo argentino, es recompensada, según sus propias palabras: ...“con el hecho de saber, tan solo, que con mi humilde aporte a la cultura, logro que alguien, aunque sea en al más recóndito rincón de nuestra patria, medite acerca de qué es el mundo, y qué desea que sea, y que luche por ese deseo, me siento sumamente reconfortado, pues ese es mi objetivo, y llego a pensar que lo que hago, realmente vale la pena”...; sus palabras, rebosantes de humildad, jamás serán borradas por el paso del tiempo.

En una carta, dirigida a su entrañable compañero y amigo, Gustavo Solar, confiesa: *Estimado Gustavo: Creo haber llegado a algo. Al fin y al cabo, Ana tenía razón. He finalizado casi todo el libro, y creo que está bien. Se titula: “Crónicas de una vida después de otra”, y lo he subtitulado: “Historia de un erudito”. El libro cuenta minuciosamente, y en esto he prestado mayor atención (es decir, en los detalles), la elaboración de un Proyecto, realizado por el protagonista, llamado Ernesto, que tiene como piedra angular el estudio de las posibles existencias luego de ésta —y según las propias palabras del*

protagonista—: “burda e incongruente vida”, o quizás, paralelamente. Trata, en fin, sobre la búsqueda del protagonista de una forma de existencia mejor a la actual; una búsqueda extremadamente desesperada, principalmente por su inestable condición física, pues padece una enfermedad que le debilita progresivamente los huesos, exponiéndolo continuamente a fracturas y quebraduras, que lo llevan a pasar infinidad de días en hospitales. Aquí el protagonista profundiza sus ideas, y perfecciona su Proyecto, el cual, a medida que pasan los meses, va tomando formas peligrosamente extrañas, ya que en sus momentos reflexivos, la mayoría de las veces, en una cama de hospital, son de un elevado nivel doloroso, debido a las graves lesiones corporales, de las cuales continuamente es víctima. Llega a pensar en formas de experimentación en donde se incluyen seres humanos, evidentemente vivos, sometiéndolos a los más brutales procedimientos.

»El relato continúa describiendo los métodos que va descartando por incómodos, y de qué manera llega a crearse su propio mundo. Un mundo que radica en su cerebro, pero que es tan real como éste, y que es tan factible de imaginarlo suyo y existente, que nuestro protagonista arriba al firme convencimiento de que ese mundo realmente existe y que su participación en él es verdadera. El método de aislamiento es el usual: el alcohol, y el protagonista llega a aislarse tanto que se le hace desagradable su intervención en éste mundo, a tal punto, que convierte de manera espontánea su mundo en el real, y éste en el imaginado por él. Comprende para sí mismo y se explica a sí mismo, que éste mundo es producto de su imaginación, que es fruto de su inestabilidad emocional. Increíblemente, el protagonista del libro se cree loco: un loco consciente de su propia demencia, pero que no se da cuenta que la locura suya yace precisamente en creerse loco; sus pensamientos son el producto de su verdadera paranoia. Si estuviese cuerdo, se daría cuenta que él nunca podría saber, en el caso de estar demente, de que efectivamente lo está.

»Su condición empeora. Es internado en un hospital psiquiátrico, pero él no se da cuenta, o mejor dicho, se da cuenta, pero piensa que todo es producto de su imaginación, y le resta importancia. Se concentra en tratar de escapar de ese mundo que él cree imaginario, y volver al real, es decir, volver a su fantasía. Escapa esporádicamente a su mundo ficticio (y piensa que en ese momento es cuando escapa, pero en realidad es cuando está ingresando)” [...]

Varios años después, con su éxito ya consolidado por su primera novela, escribe la continuación, titulada: “*Viaje al centro de la mente*”. En ella se narran, a modo de diario personal, las anotaciones de los continuos análisis mentales que se le realizan al protagonista de la novela anterior (Ernesto) por un prestigioso médico mental. Ernesto es internado luego de diagnosticársele un severo desorden emocional; éste proceso es ligeramente mencionado al comienzo del libro. El médico, llamado Franco Poulen, llega a desarrollar una explicación lógica de la personalidad de Ernesto, exponiendo para esto su delicada condición física, principalmente. Éste detalle se incluye en el libro únicamente para poder introducir al lector ignorante del primer volumen, al segundo. El lector que no haya leído las crónicas, jamás podrá comprender muchas de las reacciones de Ernesto, pero con esa limitada explicación se pueden eliminar un poco mejor las dudas que le puedan ir surgiendo, y para que el libro no pierda el hilo conductor que lo define. Podemos notar que a medida que pasan las hojas, y evidentemente, el tiempo, el médico comienza a referirse al “paciente” (en un principio), como “Ernesto”, o simplemente “él”, ya casi al final de la obra, evidenciando que para él solo existe un paciente importante. Día a día podemos ir asombrándonos de la manera en que el médico comprende el dolor y la angustia de Ernesto, pues está atrapado en dos universos paralelos, dos mundos antagónicos, de los cuales le es imposible escapar, pues, de uno, le es *físicamente* imposible, y del otro, le es *mentalmente* imposible.

En éste libro es cuando comenzamos a comprender el mundo imaginario de Ernesto; en el anterior el autor sólo se limita a relatar su desarrollo. Franco Poulen es la primer persona que se atreve a investigar dicho universo, redactándolo de una extraña forma. Realiza una especie de Génesis, detallando la vasta historia que compone su creación, la cuál es, en esencia, exactamente igual a nuestra realidad, pero diferente entre algunas otras cosas que luego especificaré, por poseer un Ernesto distinto. Él es el único elemento con el cuál el propio protagonista está desconforme. A diferencia de la gran mayoría, el protagonista, en sus fases de racionalista, comprende que el mundo no es el causante de sus desgracias, sino que lo es él mismo, y esa es la causa de que su mundo ficticio no difiera mucho del nuestro. Ernesto comprende que su propia existencia es imperfecta, y que, aunque se traslade a otra mejor, o más perfecta, arrastrará consigo su imperfección. Es por eso que en éste segundo volumen somos testigos de un cambio

rotundo en el nunca abandonado Proyecto. Ernesto modifica la idea de una existencia mejor, por la de una misma existencia, con un mejor Ernesto. Evidentemente, en éste mundo eso es imposible, y por eso mismo es que igualmente la necesidad de escapar se hace inevitable.

En sus análisis, el doctor Paulen no puede descubrir mucho acerca de cómo es nuestro protagonista en su mundo. Parece como si fuese reticente a revelar detalles acerca de su propia persona...

Lentamente volvió a colocar el libro en el mismo lugar, y de inmediato tomó el que se encontraba a su lado. No prestó importancia a lo que decían los símbolos claramente definidos, pues los conocía a la perfección. Abrió el libro, y pasó las hojas fatigosamente, como si debiese hacerlo por obligación, dedicando rápidas miradas a la parte inferior de las hojas, controlando no pasarse de la número cientoveinte, hasta que por fin llegó a ella. Recorrió los renglones hasta llegar al que estaba subrayado con lápiz; leyó en voz baja: «Los días pasan lentamente en mi cama. Es imposible escapar. Las paredes blancas me perturban, y es por eso que las pinté de verde... como la hierba, como las firmes hojas de los árboles que se encuentran en la plaza, la cual asalto por sorpresa en ocasiones. Temo salir. Temo encontrarme con el dolor y la angustia del otro lado de la calle. Temo, porque ya los conozco. La seguridad de mi espíritu está estrechamente unida a mi seguridad física, pero son a su vez inseparables amigas del tedio. Cada día debo elegir entre dos opciones: el dolor o el hastío. ¿Cuál es la menos angustiada?, no lo sé. Mi Proyecto continúa. No debo abandonarlo, pues estaría abandonando la certeza de mi destino. Es inevitable pensar en ello. No poseo nada, excepto mis libros. Es verdad, no necesito más.

»Unas hojas garabateadas flotan en el aire: acabo de arrojarlas. No comprendo mis impulsos, simplemente soy un prestigioso testigo de ellos. La botella de gin se está acabando. Debo salir nuevamente, y el solo hecho de pensar en ello, me pone nervioso. ¿Qué hacer? El suicidio queda descartado, aunque no del todo. ¿Qué es el suicidio?, ¿qué es la muerte?, ¿acaso tenemos tanto poder, nosotras, débiles criaturas, que con el solo deseo de acabar con nuestras existencias podemos conseguir el Paraíso?, ¿o acaso hay algo más? ¿Qué hay más allá de éste frágil cuerpo? Quizás deba intentarlo, quizás deba buscar yo mismo, pero no estoy dispuesto a realizarlo (¿cobardía?, sí, muy

probablemente) en éste momento, pues el gin se está acabando, y el solo hecho de pensar en ello, me pone nervioso» [...].

Su lectura fue interrumpida, pues una mujer, de una brillante cabellera rubia, produjo un seco sonido, al cerrar la puerta. No le dirigió la mirada.

—¿Otra vez leyendo el mismo libro?, ¿acaso no te cansas? —dijo con una leve sonrisa.

El hombre no se sorprendió. Simplemente dejó el libro en su lugar lo más rápido que pudo, pero ella ya lo había notado.

—No. ¿Porqué debería hacerlo? —dijo algo perturbado.

—No lo sé. Pienso que deberías dedicar tus esfuerzos en cosas más productivas. Ese libro prácticamente te lo sabés de memoria, ¿no?

—No seas exagerada. No es para tanto —renegó, y se encaminó nuevamente hacia el ventanal, dando por finalizada la conversación.

—No hay necesidad de que te escapes. Ya me voy. Solo he venido a entregarte el cheque...

—Ya te dije que no voy a escribirlo —dijo, interrumpiéndola.

—Vamos, siempre decís lo mismo. ¿Recordás la primera vez? Creo que fue la vez que menos tardé en convencerte de algo —sonrió.

—La recuerdo perfectamente, pero ahora es diferente.

—¿Diferente?, ¿en qué?, o, sí... ahora eres un gran novelista... Vamos Frederik, ambos sabemos que eres nadie. Ambos sabemos que...

Pero el mundo comenzó a desmoronarse, y el universo comenzó a desintegrarse y se encontró nuevamente en una habitación, verde. Giró lentamente la cabeza, y a su lado vio, melancólico, una botella de gin, vacía.